

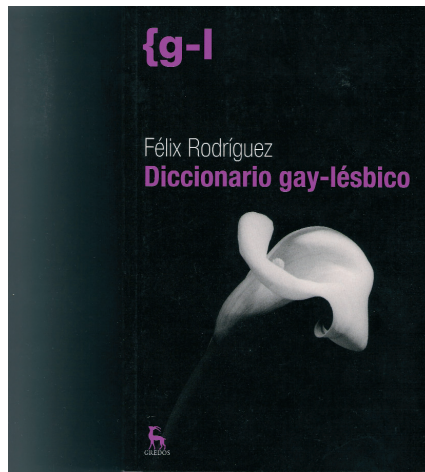
DICCIONARIO GAY - LESBICO

Félix Rodríguez, Catedrático en la universidad de Alicante y Doctor por la universidad de Alberta (Canadá), lleva años interesándose por el estudio de la lexicografía y la sociolingüística del inglés y del castellano; fruto de este interés surge el "Diccionario gay-lésbico" que ha publicado la prestigiosa editorial Gredos, sello de referencia durante décadas. Uno de los trabajos más serios realizados en los últimos años.

por **GUILLERMO CÁRCELES**

NOIS: ¿Podrías contarnos cuándo, cómo y por qué surgió la idea de realizar un diccionario gay-lésbico?

FÉLIX RODRIGUEZ: Llevo muchos años dedicado a la sociolingüística y lexicografía del español actual, y en particular del argot. En anteriores publicaciones me he ocupado del lenguaje de los políticos, de los militares, de los jóvenes, y de los fumadores de drogas, y había dejado para el final un amplio diccionario del sexo y del erotismo, que tengo bastante avanzado. Pero he aquí que en el transcurso de la escritura de este último descubrí un extenso léxico relacionado con la homosexualidad, tanto en la faceta más técnica como en la del argot y el lenguaje más informal. Ocurrió además que, por motivos personales y académicos, tuve que estar algún tiempo en Madrid hace ya algunos años, lo que aproveché para hacer trabajo de campo en la zona de Chueca, entrevistarme con personas ligadas al movimiento gay como Leopoldo Alas, Jesús Infante, Eduardo Mendicutti y Carlos Alberto Biendicho, y consultar los recursos bibliográficos existentes en algunos centros como COGAM. Con tal acopio de datos e ideas me animé, pues, a acotar mi objeto de estudio. Y el tema, tan de actualidad, me cautivó y movió mi fibra sensible contra la homofobia hasta el punto de que, haciendo un paréntesis en la recopilación, organicé un curso de verano en la Universidad de Alicante en 2005 sobre cultura, homosexualidad y



homofobia, y luego edité un libro con el mismo título (Barcelona, Laertes, 2007).

N.: ¿Cuánto tiempo has invertido en la realización de dicho diccionario?

F.R.: Es difícil precisar con exactitud, por mi forma de trabajar. Recopilo palabras y expresiones de todo tipo, de los más diversos ámbitos, cuando me llaman la atención por su novedad, y en un momento dado me concentro en un solo tema. O sea, que suelo trabajar en varios diccionarios y libros a la vez; por eso a veces sale uno a continuación de otro. Pero respondiendo a tu pregunta, si tengo que calcular una cifra global, diría que alrededor de cuatro años, dos de ellos de manera intensa.

N.: ¿Cuántos términos son los que forman el diccionario? ¿Se han quedado muchos

en la antesala por falta de espacio o documentación?

F.R.: Más de 2000, y con esta cifra corrijo una estimación anterior que fue rápida y aproximada. Con tan exhaustiva recopilación, como puedes comprender, muy pocos son los términos que he dejado de lado, y los pocos lo han sido por falta de documentación y escasísimo uso, no por espacio.

N.: ¿Qué diferencias sustanciales existen entre tu diccionario y el normativo de la RAE?

F.R.: Para empezar mi diccionario no es normativo sino descriptivo, y además especializado, y eso implica una diferente aproximación al registro de la lengua, siendo más completo no solo en lo que atañe a la macroestructura, al número de palabras, sino también en cuanto al contenido de cada entrada, mucho más amplio. De este modo, a diferencia del diccionario académico (DRAE), me detengo en rasgos lingüísticos y sociolingüísticos que tienen que ver con el uso y la variación. Así por ejemplo, para el DRAE de la última edición (la 21) maricón es un marica en el sentido de 'afeminado', pero falta la acepción de 'homosexual' (algo, por cierto, que sí corrige el Diccionario esencial de la lengua española de la misma Academia, de 2006), y como para rellenar ese hueco incluye la de 'sodomita', inexacta y políticamente incorrecta hoy. Otro botón de muestra es gay, definido simplemente como 'homosexual', al igual que en otros diccionarios normativos, mientras que en el mío comento las diferentes connotaciones (normalmente positivas) del término y registro las variaciones de género y número. Para la formación del plural, el diccionario académico prescribe como única la ortografía gais, con -i latina, que por cierto es la empleada por muchos activistas, y por catalanes y gallegos, para quienes el singular de su lengua es gai. Sin duda, estas razones y el que gai sea también una forma castellanizada explican el creciente uso de gais. Pero, desde luego, si se mantiene gay en español, el plural más natural es gays, que es la forma que el uso ha venido privilegiando tal y como lo anoté en el Nuevo diccionario de anglicismos (Gredos, 1997). Tengo para mí que, en su defensa de gais, la gramática normativa quizá se haya dejado influir tam-

bién por otros anglicismos terminados en -y, como hippy, que forma el plural en hip-pis o hippies, y que tiene 'hippys' como variante semiculta. Ahora bien, ésta no es la regla seguida ni en inglés ni en los anglicismos del español cuando la -y sigue a una vocal, como queda demostrado por el par boy / boys. (¿Acaso emplearíamos bois?)

N.: ¿Se podría afirmar que el castellano académico sigue siendo una lengua muy sexista, machista y homófoba?

F.R.: El castellano académico sigue siendo (aunque cada vez menos) una lengua sexista, machista y homófoba en la medida en que sus hablantes lo son, pues la lengua siempre es un reflejo de la sociedad. Esto quiere decir que lo que hay que intentar cambiar es la sociedad; los cambios en la lengua vendrán después inevitablemente. Piénsese por ejemplo en la palabra solterona, que arrastraba tanta carga emocional hace unos lustros, y que con la crisis de la nupcialidad y el aumento de parejas de hecho y población *single* va perdiendo sentido. Semejante a lo ocurrido con el uso de 'mujer pública', que ha venido siendo arrumbado al compás del acceso de la mujer al trabajo y a la función pública. Y, entrando en nuestra temática, lo mismo podríamos decir del antiguo pecado contra natura, del amor perverso y de la inversión, entre otros estereotipos que han ido siendo arrinconados con el paso del tiempo a medida que la homosexualidad dejaba de ser considerada un pecado, un delito y un desvío de la naturaleza. Pero persiste la homofobia cuando se considera todavía hoy 'sodomía' y 'sodomita' como definiciones de la orientación homosexual, cuando se equipara pederastía y homosexualidad, y cuando se revierte el significado de pedofilia (o paidofilia) para hacerlo equivaler con pederastía, criminalizando lo que puede ser una genuina (y para algunos legítima) atracción erótica hacia un menor.

N.: Las palabras que has recogido ¿son de uso mayoritario por parte de la comunidad o muchas de ellas son "localismos" propios de cada ciudad española?

F.R.: Al constituir una jerga y un argot, ya de entrada forman un lenguaje especializado, provisto además de muchos cultismos, lo que quiere decir que el ciudadano

de a pie, incluso si es homosexual, desconoce buena parte de sus significados. Pero se trata de un vocabulario nuclear, más o menos estandarizado, común a todas las regiones. Ocurre, sin embargo, que algunas voces de argot, las menos, sí tienen un carácter marcadamente local, y por eso sólo las he podido documentar oralmente en una o en muy pocas provincias; de ahí que en tales casos lleven la marca *reg.* (regional).

N.: En una época como la actual de aparente normalización del hecho gay, ¿consideras que el uso de un lenguaje propio es una forma de exclusión?

F.R.: Sí y no: matizaré. La mayoría de los argots, sobre todo los pertenecientes a grupos sociales que han sido o son objeto de estigma social, como es el caso de los homosexuales, contienen palabras que responden a un doble motivo críptico y humorístico. En el pasado, hasta un pasado reciente, el contar con unos códigos y claves secretas tuvo su razón de ser como señal de reconocimiento, auto-defensa y afirmación. En el actual clima de libertades desde luego hoy no es tan necesario, pero no conviene olvidar que estamos ante una orientación sexual diferente, y si ésta es minoritaria y además es objeto aún de cierto estigma, lo normal es que los lazos de unión o connivencia que se establecen entre los que visibilizan esa orientación continúen reflejándose de algún modo en el lenguaje. Lo que pasa es que precisamente por esa mayor visibilidad, el argot se reduce y se torna más festivo, más lúdico. Con esa misma lógica cabe esperar y desear que, en un futuro, este argot se convierta en fósil, aunque siempre habrá un mínimo vocabulario más o menos técnico por tratarse de unas específicas referencias sexuales y eróticas.

N.: ¿Qué está aportando a la lengua castellana el mundo gay-lésbico?

F.R.: Hay algunas palabras que no están recogidas en el diccionario académico, como 'uranista', 'uranismo' y 'tercer sexo', por ser cultismos ya obsoletos; hay algunas incorporaciones recientes a la lengua, como 'transgénero', y una nueva acepción de rosa, en el sentido de 'homosexual' (dinero rosa, mafia rosa, oveja rosa, etc.), que son de uso general y cuya ausencia deja al lector desasistido; y luego, por supuesto, todo un cúmulo de voces de argot más desconocidas, por ser propias del habla de gays y lesbianas, pero entre las cuales hay algunas como 'bollo' (en el sentido de 'bollera, lesbiana'; y 'acto sexual entre lesbianas'), 'mariliendre' ('mujer que acompaña asiduamente a amigos gays por los locales de ambiente') y 'gayhetero' ('gay de apariencia heterosexual'), que han rebasado su ámbito originario y tienen un uso bastante extendido, pudiéndose encontrar en muy diversas publicaciones.

“Persiste la homofobia cuando se considera todavía hoy 'sodomía' y 'sodomita' como definiciones de la orientación homosexual”



N.: ¿Podrías comentarnos cuatro o cinco términos que, por algún motivo, te hayan llamado más la atención?

F.R.: Algunos me han resultado particularmente curiosos e ingeniosos, como las metáforas gastronómicas 'bollo', 'croissant' y 'amasar la harina', para referirse a las lesbianas y a sus prácticas, o las metáforas sexuales 'vagoneta' y 'tren', alusivas a los gays. La comida y el sexo ("la comida del amor") son dos asociaciones recurrentes en el argot y a veces van de la mano.

N.: ¿La Academia aceptará algún día estas palabras?

F.R.: La Academia está obligada a operar con un criterio selectivo; no puede lógicamente incorporar todo lo que se usa, pero algunas como las mencionadas antes, 'bollo', 'mariliendre' o 'gayhetero', y otras como 'sauna', 'cuarto oscuro', 'lederón' y 'oso', supongo que terminará registrándolas en un futuro si no quiere quedar desfasada. Son palabras que aparecen en múltiples publicaciones y que necesitan por tanto un registro y una explicación.

N.: Como filólogo, ¿qué palabras del Diccionario de la RAE crees que deberían descatalogarse por su carga ofensiva u homófoba?

F.R.: No soy partidario de descatalogaciones si el diccionario es casi exhaustivo, prefiero introducir la marca *desp.* (despectivo), o algún comentario explicativo, como hago en mi diccionario. Los epítetos políticamente incorrectos por lo general deben ser incluidos, mal que nos pese, si queremos facilitar la comprensión del lector que tope con ellos en el futuro. Más interesante me parece la correcta descripción de las palabras; y ahí sí que se puede ser homófobo, como he señalado antes. Abundando en lo dicho sobre "sodomita", si consultamos la entrada "sodomía" del DRAE, al explicar su origen, proveniente de Sodoma, se dice que esta es una "antigua ciudad de Palestina, donde se practicaba todo género de actos deshonestos", lo que magnifica incluso lo que la leyenda ha venido transmitiendo. Hay que tener en cuenta, por otro lado, que el uso general de esta palabra, como 'penetración anal', es aplicable también a una relación heterosexual y, por tanto, no es muy apropiada para definir al maricón u homosexual. Y, ade-

más, no todos los homosexuales recurren a esta práctica, y menos en tiempos del sida, como a veces se ha apuntado críticamente. Hacer esto contribuye a devaluar el papel de la afectividad en sus manifestaciones amorosas, que es precisamente la misma crítica que se ha hecho al término homosexual. Se necesitan, por tanto, términos más neutros, más asépticos, en toda definición. También cabría hablar, a la inversa, de la catalogación necesaria de algunas voces, pues se incluye en el diccionario homofobia y se echa en falta su antónimo, homofilia.

“La expresión ‘gay’, por su brevedad, fácil pronunciación y referencia unívoca en español, y por sus connotaciones de alegría y sabor anglicista, en tiempos como los actuales en los que el inglés goza de tanto prestigio, va a estar con nosotros por largo tiempo, y no creo que sea un desdoro para nuestra lengua.”

N.: Son muchos los que aportan distintas traducciones para el anglicismo 'gay'. ¿Cuál sería tu propuesta?

F.R.: El anglicismo 'gay', como decía antes, tiene una connotación positiva que falta al término homosexual; de ahí que éste se sienta como neutro o incluso negativo para algunos hablantes, por su alusión al sexo. Claro que si el sexo se comprendiera de forma correcta y sin los prejuicios actuales, como hace tiempo sugirió el sexólogo Efigenio Amezcua, tal vez no habría ese rechazo a la palabra, pero vivimos en una sociedad, la occidental, con reminiscencias judeocristianas en su mentalidad, donde el sexo, aun siendo algo obsesivo y placentero para la mayoría de las personas, sigue siendo tabú,

sobre todo si se alude a las personas. Por eso, cuando tomamos el concepto en el plano abstracto, homosexualidad, el sustantivo es más aceptado. Aún así, vienen sucediéndose intentos de proponer sinónimos basados en derivados del anglicismo, como gaísmo, gaidad, gaycidad, gagez, pero sin mucho éxito.

Una alternativa a gay es gayo, propuesta por el histórico activista del movimiento Armand de Fluvià, y empleada también por algunos intelectuales catalanes como Juan Goytysolo, pero que no ha cuajado. La propuesta es plausible por ser una voz castiza de larga tradición y que por su significado de 'alegre' tendría la misma connotación de gay, pero tiene el inconveniente de ser una palabra con un sabor literario y arcaizante y, además, susceptible de producir un choque homonímico (por homofonía) con gallo. Otra propuesta, aunque en forma verbal, para decir que se es gay es 'entender'. Esta voz tiene la ventaja de no hacer referencia expresa para nada a la sexualidad y, por su ambigüedad, ha sido muy útil en tiempos pasados en los que predominaba el secretismo, pero hoy día con la mayor visibilidad del colectivo ha perdido fuerza, y esa misma ambigüedad es un lastre a la hora de estandarizarse.

Por lo que antecede, tengo para mí que la expresión gay, por su brevedad, fácil pronunciación y referencia unívoca en español, y por sus connotaciones de alegría y sabor anglicista, en tiempos como los actuales en los que el inglés goza de tanto prestigio, va a estar con nosotros por largo tiempo, y no creo que sea un desdoro para nuestra lengua. La fecundidad de la "familia léxica" creada en torno a ella (gaydar, gayfriendly, gayhetera, gayhetero, gaylandia, marigayla, heterogay, retrogay, taligay, transgay, verdegay, entre otras muchas expresiones) prueba su arraigo y su voluntad de permanencia.

N.: ¿Qué te hubiese gustado que te preguntase y no lo he hecho?

F.R.: Te ha faltado preguntarme por las fuentes que he utilizado en mi documentación. Lo digo por ser una de las preguntas más comunes que suelen hacerme, pero esa omisión es inteligente pues la respuesta se encuentra fácilmente leyendo el diccionario, y de un modo más explícito en la Introducción, lo que no ocurre con el resto de las preguntas.